OPINIÓN | Ahora que no nos ve nadie

"Te quiero si votas como yo"

Las aplicaciones de citas que seleccionan parejas por afinidad política plantean una pregunta inquietante: ¿hemos olvidado cómo convivir con quienes no piensan como nosotros?

David Gámiz
Domingo 29 de noviembre de 2026 - 14:15



El pasado martes, mientras tomaba el primer café del día, leí un artículo de El Periódico de Cataluña que me dejó profundamente preocupado, aunque reconozco que, a estas alturas, pocas cosas deberían sorprenderme de la sociedad que estamos construyendo.

El reportaje hablaba de Fyra, una aplicación de citas nacida en Brasil en 2022 y dirigida a personas de izquierdas y de ideología progresista que, según cifras facilitadas por la propia empresa, cuenta ya con doscientos cincuenta mil usuarios en España, cinco veces más que hace un año. Su fundador defiende que conocer de antemano la orientación política de la persona con la que vamos a encontrarnos permite ahorrar tiempo y evitar desencuentros sentimentales.

Y yo, que hasta entonces había considerado que conocer a alguien era precisamente la mejor manera de descubrir si merecía la pena seguir conociéndolo, me quedé pensando en cuántas personas maravillosas habrían pasado de largo por mi vida de haber aplicado semejante criterio.

El domingo pasado, sin ir más lejos, Sheila y yo comimos con una pareja de amigos con la que hemos compartido viajes, celebraciones y tantos buenos momentos que me resultaría imposible enumerarlos. Éramos cuatro personas alrededor de una mesa y, por lo que hablamos aquel día, cada uno tiene intención de votar una cosa distinta en las próximas elecciones. Compartimos una comida, dos botellas de vino, una tarta de queso y cuatro horas jugando a las cartas y a otros juegos de mesa. También, cómo no, hablamos de política.

Cada uno expuso sus argumentos sin que ninguno sintiera la necesidad de convencer a los demás. Nos dimos la razón en algunas cuestiones y nos la quitamos en otras, porque resulta que votar distinto no nos impide coincidir en determinadas cosas, del mismo modo que votar lo mismo tampoco nos obliga a estar de acuerdo en todo. Fue una de esas conversaciones en las que terminé llevándome a casa alguna reflexión que no me habría planteado de haber pasado la tarde rodeado exclusivamente de personas que piensan como yo.

Mientras leía el artículo del martes, recordé aquella sobremesa. Pensé en la cantidad de viajes que me habría perdido, en las comidas que nunca habríamos compartido, en las risas, en las confidencias y en todas las ocasiones en las que hemos podido contar los unos con los otros si, antes de concedernos la oportunidad de conocernos, hubiéramos decidido averiguar a quién votaba cada cual.

Por cierto, hemos quedado dentro de un par de semanas para volver a pasar una tarde juntos. Ninguno tiene intención de cambiar su voto para entonces, ni falta que hace.

También me sorprendió leer en ese artículo, datos recogidos de un estudio del CIS sobre la percepción social

del amor, publicado en marzo de este año. El 42 % de los votantes de izquierdas considera que la ideología política influye en la manera de entender el amor, frente al 28 % de quienes se sitúan en la derecha o la extrema derecha. Naturalmente, considerar que la ideología influye en las relaciones no equivale a rechazar a una persona por sus ideas, pero son cifras que invitan a reflexionar sobre el lugar que estamos concediendo a la política en nuestra intimidad.

Y aunque en esta ocasión la noticia se refiere a una aplicación destinada al público progresista, en Estados Unidos también han surgido iniciativas semejantes dirigidas a personas conservadoras, como The Right Stuff. Me produciría exactamente la misma tristeza que alguien renunciara a conocer a una persona por ser de izquierdas que por ser de derechas.

Por supuesto que compartir determinados valores facilita la convivencia y que hay convicciones que pueden resultar incompatibles con un proyecto de vida en común. Nadie está obligado a enamorarse de nadie ni a renunciar a sus principios para mantener una relación sentimental. Pero una cosa es descubrir, después de conocer a alguien, que existen diferencias insalvables, y otra muy distinta negarle de antemano la posibilidad de demostrarnos quién es.

Votar al mismo partido que yo no convierte a nadie en una buena persona, del mismo modo que votar al partido contrario no convierte a nadie en un canalla. Entre quienes comparten mis ideas habrá personas generosas y miserables, hombres y mujeres extraordinarios y otros de los que preferiría mantenerme alejado. Necesitaré conocerlos, descubrir cómo tratan a quienes no pueden ofrecerles nada a cambio y saber cómo se comportan cuando la vida se complica. Ninguna de esas cuestiones se resuelve consultando un programa electoral.

Lo verdaderamente inquietante de aplicaciones como estas es que convierten nuestra creciente dificultad para convivir con la discrepancia en una oportunidad de negocio. No han inventado la polarización, pero han encontrado la manera de ofrecerla como una ventaja comercial, de presentarnos el aislamiento ideológico como una forma de ahorrar tiempo. Y me parece terrible que hayamos llegado a considerar una pérdida de tiempo la posibilidad de conocer a otro ser humano.

Hemos permitido que la política se instale en nuestras conversaciones, que deteriore amistades y que convierta reuniones familiares en campos de batalla por dirigentes que, en la inmensa mayoría de los casos, ni siquiera saben que existimos. Las redes sociales nos ofrecen constantemente la posibilidad de refugiarnos entre quienes confirman nuestras convicciones, y ahora parece que también estamos dispuestos a organizar nuestra vida afectiva conforme a ese mismo criterio.

Me pregunto qué clase de sociedad tendremos dentro de veinte años si nuestros hijos crecen rodeados exclusivamente de personas que piensan como sus padres, si sus amistades y sus parejas están condicionadas por una selección ideológica previa. ¿En qué momento aprenderán a convivir con quien discrepa de ellos? ¿Dónde tendrán la oportunidad de cuestionar aquello que siempre les enseñaron? ¿Cómo descubrirán que una persona puede estar equivocada en una cuestión y tener razón en otras?

Quizá lo más peligroso de vivir rodeado de personas que piensan como nosotros sea que terminemos convencidos de que pensar de otra manera constituye una anomalía moral. Y cuando dejamos de considerar al discrepante alguien con quien podemos conversar y empezamos a verlo como alguien cuya compañía debemos evitar, estamos destruyendo una de las condiciones elementales de la convivencia democrática.

No sé cuántas personas encontrarán el amor gracias a Fyra. Ojalá sean muchas y sean felices. Lo que me preocupa son todas aquellas a las que jamás conocerán, todas las historias que nunca llegarán a comenzar y todas las oportunidades de descubrir a alguien extraordinario que habrán desechado antes de escuchar siquiera su voz.

Yo, desde luego, no cambiaría la sobremesa del domingo pasado por la satisfacción de haber pasado cuatro

horas escuchando a tres personas darme la razón. Y me entristece pensar que haya quien, por una diferencia política, se esté privando de contar en su vida con amigos como los que Sheila y yo tenemos la fortuna de tener en la nuestra.

Sinceramente, creo que si alguna vez llegamos al extremo de necesitar saber a quién vota una persona antes de decidir si merece la pena quererla, habremos concedido a la política un poder sobre nuestras vidas que ningún político, por ambicioso que fuera, habría podido soñar jamás.